

## EL CABALLO DE TILA

Cuando subí al avión Cessna 180 reconocí al piloto, el capitán Patrón y me tranquilicé. Su fama como un excombatiente del Escuadrón 201, de la Fuerza Aérea Mexicana, en la Segunda Guerra Mundial, opacaba cualquier miedo.

---Por si no le han dicho---explicó---, no se puede viajar en avión a Tila. Los dejamos del otro lado del río en Petalcingo y de ahí alquilan un caballo que los lleva al pueblo. Por lo abrupto del terreno, no se ha hecho una pista de aterrizaje. Apenas tuve tiempo de despedirme, pues el viaje fue muy corto.

Crucé por el vado más bajo, con el pantalón arremangado, con las botas y los calcetines en las manos. Luego me ofrecieron un caballo y escogí el menos flaco. Vi los disponibles y todos tenían falsilla; ninguno con bocado.

---No va a encontrar ningún caballo con freno. La falsilla es más barata---dijo el encargado---. El patrón no quiere gastar. Apenas si nos da para la pastura.

Subí a mi montura y no descubrí ninguna diferencia. Como con todo vehículo, uno checa los frenos antes de hacer algo y me satisfizo el examen. Iba a Tila en jueves de Corpus para investigar la muerte de un anciano, al ser arrollado en plena calle por un toro incontrolable. El ascenso no fue muy pronunciado y llegué al pueblo luego de admirar la estructura gigantesca de la iglesia del Señor de Tila. Conforme me fui acercando, me crucé con mucha gente; unas de salida y muchas llegando.

Todo sonaba y olía a fiesta, menos la víctima, cuya muerte me hizo estar en ese sitio. Una persona me informó y siguiendo sus instrucciones, di con la señora, esposa del detenido. Entré a su restorán, la llamaron. Me presenté con ella y muy amablemente me invitó un suculento desayuno y me platicó del caso:

Dos trabajadores de su marido, dirigidos por éste, hoy muy de mañana, llevaban jalando un toro hacia el lugar donde iba a ser sacrificado. De improviso, al romperse una de las sogas, el animal empezó a correr por toda la calle, mientras el lazo chocaba, golpeando a diestra y siniestra.

---¡Cuidado con el toro! ¡Háganse a un lado! ¡Los va a cornear!---a cual más gritaba por doquier.

El pobre anciano que iba adelante llevando su cansina humanidad, no pudo ver, pues la escena se desarrollaba a sus espaldas, y quizá tampoco pudo escuchar nada. El toro le pasó, como exhalación a un lado; pero la soga, cual si fuera un látigo, al enredarse en sus tobillos, lo hizo volar por los aires, fue a dar en la cabeza del astado, y de ahí al piso, para ser arrastrado hasta que pudieron detener la res.

---¿Así sucedió como usted lo cuenta?

---Yo lo presencié en su totalidad y me quedó una terrible frustración, como a muchos que presenciaron este insólito y triste hecho, pues no pudimos hacer nada.

Luego de despedirme fui a la oficina municipal, donde estaba detenido el esposo. Querían cien mil pesos para soltarlo. Ese fue el motivo por el cual me apersoné a practicar la investigación. Pedí la soga rota para examinarla muy a conciencia. Era notorio el efecto de la tensión en las cuerdas, porque estaban deshilachadas. Sí hubo rotura y lo hice constar en el documento suscrito en su oportunidad.

Ordené la liberación del detenido y vi a los policías con cara de “la lana se desvanece” y me despedí, diciéndoles que las demás diligencias se practicarían en Yajalón.

De camino al templo entré y me sobrecogió el ambiente lleno de claroscuros producidos por las velas y veladoras. Unas portadas y otras puestas en el suelo, junto a la mayoría de las personas hincadas. El calor y el aire encerrado dificultaban mi caminar. Mi intención dada mi miopía no declarada, me obligaban a acercarme. La penumbra del incienso y los humeantes pabilos, no me dejaron ir a donde hubiera querido estar.

La imagen del Cristo, casi negro, era descomunal. Necesité alejarme un poco para enfocar bien. El clásico ronroneo de mucha gente rezando era conmovedor. Estuve un buen rato extasiado viendo y oyendo. Luego de llenarme, salí a la calle. El contraste de la luz con la oscuridad premieron las canicas de mis ojos con un dolor soportable.

Me lancé a comer y de ahí a dormir un rato. En la comida coincidí con el juez mixto, quien me invitó al baile en el parque.

A las diez de la noche, me levanté y para estar despabilado me bañé y me vestí. En el parque ya estaban inquietos

---Te estábamos esperando---dijo el juez--. Tú puedes ayudarnos.

---Los de la policía montada le quitaron su pistola al lic---soltó el secretario del juzgado.

---No pude protestar, ni siquiera identificarme. Quizá por ser policías, puedan hacerte caso.

---¿La Montada? Puede que dependan del ministerio público o sea de usted mi lic---acotó el secretario.

---¿Me acompañan?---al unisono asintieron.

Y comenzamos rastreándolos de cantina en cantina. Los hallamos en un tugurio de mala muerte, donde el amor lo practicaban en espacios delimitados por cortinas. El cabo y tres adláteres se asomaron de entre la maraña de telas.

---¿Quiénes nos buscan?--- preguntó. Nos identificamos. Saqué mi placa y se las mostré.

---Deme el arma del juez, no se haga pendejo---dije y los uniformados me cortaron cartucho. El cabo los calmó con un gesto de manos. Sacó el arma de su cinto y me la dio.

---Llévensela, pues---espetó.

La tomé mientras nos veíamos, guardando un silencio casi sepulcral.

---Vamos, pues---arremetí y comencé a caminar hacia el parque.

---¿Y esta seguridad, de dónde te salió?---quiso saber el juez.

---De Dios y de mis quince meses de práctica en Carranza.

Los comentarios empezaron cuando ocupamos una mesa en el baile y pidieron de beber. Ante las preguntas, dije:

---Creo que Dios usó mi desplante para calmar los ánimos. Brindamos por la idea y la noche se alargó hasta la madrugada

--Vamos con doña Amalia Lara, para tomarnos un caldo de seis gallinas viejas. Yo invito--propuso el juez---. Lo mejor para hacer un levanta muertos.

---¿ Por aquello de que: “gallina vieja hace buen caldo?”--- contesté y me hicieron coro.

Aclarando el día y sin despedirme, me dirigí al sitio de los caballos y tras alquilar uno, lo monté con el propósito de llegar a la pista a las siete o antes.

Mi jamelgo agarró un trote como para sacarme las tripas, quise frenarlo y volteó el cuello queriendo morderme la pierna. Lo pude evadir y apaciguarlo un poco; pero siguió en su intento de rebeldía. Trotando fuerte me llevó a la alambrada izquierda, con la intención de lastimarme. Sólo fueron quedando pedazos de su piel y sangre en las púas. Quiso hacerlo en la alambrada de enfrente y el resultado fue igual. Siempre mis muslos esquivaron el atentado, al subir la pierna en riesgo, al estilo apache. Ahora, en el centro de la calzada, al yo jalar la rienda, la bestia volteaba la cabeza hacia abajo.

De improviso, un señor, con la mano derecha levantada, como de policía de tránsito diciendo “alto”, lo detuvo gritando “¡Sooo!”.

---Como que hay gentes que no lo quieren mucho en este pueblo, lic---dijo---¿Será por lo del viejito? La falsilla está al revés---explicó después de revisarla---No hace ninguna presión en la quijada del animal, por eso no obedece---alcé los hombros---. Pruebe ahora.

Jalé la rienda y el caballo levantó la testa. Todas las órdenes que le di con la falsilla, las ejecutó muy bien. El ajuste de la dirección y los frenos fue perfecto, al toque.

---¿Cuánto le debo?

---Conque llegue usted con bien a su destino, me doy por bien pagado.

---Muchas gracias. ¿Me lo detiene un ratito?---desmonté para cortar unas ramas del arbusto con espinas en forma de cuernitos, ubicado junto a la alambrada. El hombre sólo se rio.

---Usted sí va a domarlo bien ahora, de aquí a Petalcingo.

Nos despedimos y ¡oh ironía!, inicié mi clase de domesticación a la buena, con espinas en forma de púas, en el camino hacia la pista de aterrizaje.